

## ADIOS A LAS LETRAS

## Recuento

Hace unos días conocí a Luis Goytisolo, con un whisky en la mano y los ojos azules. Nunca imaginé que los novelistas españoles fueran tan exquisitamente tímidos. Al contrario, intuí que eran aguerridos, sonoros, ciclones caribeños de la patria literaria. Aquí el único sonoro ciclón es Alfonso Grosso, que se pasea moreno por la historia de la escritura peninsular con el pelo rubio ensortijado, como si fuera Mirtam Makeba hecha hombre y rubia.

Tampoco habla muy alto Juan Marsé, que camina lentamente, junto a las riberas del Caribe, iluminándose los ojos con el paso de alguna chiquilla o, simplemente, con el reflejo amarillo de su chaqueta tostada.

José Manuel Caballero Bonald es, más bien, la reivindicación del silencio. Es el silencio mismo, una especie de ojo de gato que pasa por encima del pudor de las palabras como si fuera un agente barroco y callado del imperialismo literario de este siglo. El se muestra callado, y desde el fondo de esa sequera de palabras lanza una mirada sobria, como de venido de lejos.

¿Más novelistas? Juan Benet es enfático, pero agradable, sobrio, una especie de hiedra que se levanta alrededor de sus pies y al fin dice un vocablo: "Camarero, yo no le abono".

Vicente Molina-Foix comulga con sus propias palabras: jamás vi escritor que consiguiera con tanta maestría reír y contar al mismo tiempo, recorrer por su boca las palabras que va diciendo, hasta atajarlas, con satisfacción en ambas comisuras.

Félix de Azúa no abre la boca, ensimismado en su entrenamiento anglosajón, o quizá porque tiene la lengua de cal.

Guillermo Carrero no es novelista, o al menos eso pensé siempre, pero tiene una manera de sonreír muy de narrador, ser que distancia sus ojos del relato que ve y las achica, como si se estuviera burlando de su color azul.

Juan García Hortelano es otro que achica los ojos, pero por otros motivos: él quiere contemplar el filo de los zapatos del contrario, observar si en



Alfonso Grosso con Onetti.

efecto esos pies pudieran haber dado un buen extremo izquierda, un defensa de choque o una combinación de ambas cosas: es decir, un mal jugador.

Guillermo Cabrera Infante, a quien debo mi nombre y apellido, es más sorprendente, porque tiene fama de callado, tímido, ser recluso en una mazmorra de Londres, y es todo lo contrario, un verbo mirianesco, miriadas de palabras por una voz que cada día se vuelve más anglosajona. Es decir, universal.

A Gabriel García Márquez lo he visto poco. Pero tiene la voz de alguien que va mucho al dentista.

Y Vargas Llosa me recuerda los profesores rígidos de mi tiempo, aquellos que en Oxford y Cambridge se empeñaban en que me aprendiera los textos de Stendhal cuando yo en realidad añoraba volver a mi patria, dejar el exilio y reintegrarme a la dorada, horrorosa aventura de releer El Capitán Trueno. En la actualidad, Mario Vargas Llosa tiene más gusto para vestir que el que mostraban aquellos maestros caducos de mis viejos tiempos.

Algún día les contaré mis copas con gente tan importante. ■ SILVESTRE CODAC. Foto: RICARDO BADA.

y el llanto. El empeño era arduo y entrañaba dificultades poco menos que insuperables por la diversidad de escenarios repartidos por medio mundo, la multiplicación de episodios de las clases más diversas, lo dilatado del tiempo a cubrir y la escasez de datos. Pero la inteligencia, voluntad y espíritu de trabajo del equipo que emprendió la difícil empresa ha conseguido llevarla a feliz término, por lo que merecen la más entusiasta y sincera felicitación de quienes, a nuestra vez hubimos de sufrir el terrible exilio interior a que el franquismo sometió a tantos millones de españoles.

En 1977 y en estas mismas columnas comentamos con el elogio que merecían la aparición de los primeros volúmenes de El exilio español de 1939, publicados por Editorial Taurus y referentes a "La emigración republicana", "Guerra y política", "Revistas, pensamiento y educación" y "Cultura y Literatura". En la primavera de 1979 llegan a nuestras manos los dos últimos tomos que completan la obra: el quinto, dedicado a "Arte y ciencia", y el sexto, consagrado a "Euskadi, Cataluña y Galicia". En el quinto volumen, José María Ballester, Sáenz de la Calzada, Román Gubern, Ernesto García Camarero y Javier Malagón estudian, analizan y detallan, respectivamente, "El exilio de los artistas plásticos", "Los arquitectos del exilio de 1939", "Cine español en el exilio", "La ciencia española en el exilio" y "Los historiadores y la Historia en el exilio". En el tomo sexto y último, aparte de un extenso estudio sobre "Los antropólogos españoles en el exilio", de Fermín del Pino, que no tuvo materialmente cabida en el volumen anterior, se incluyen "Literatura catalana en el exilio", por Vicente Riera Llorca y Albert Manent; "El exilio en la literatura vasca", de Martín de Ugalde; "Literatura gallega en el exilio", por Román Martínez López, a más de un trabajo excelente de Jorge Campos sobre "El otro exilio" y un sustancioso "Epílogo" de José Luis Abellán, que resume y sintetiza lo que es en su conjunto la valiosa obra realizada.

Al final de su "Epílogo", José Luis Abellán da las gracias más cumplidas a sus colaboradores inmediatos y a quienes han facilitado su labor. Nosotros debe-

rra declara: "El primer año (del niño) ya me parece casi geriatría. Me interesa el primer día".

El método confesado de trabajo de Ajuriaguerra es "mirar": "Yo me encuentro con el niño. Me quedo contemplándolo con candor y respeto como se contempla el crecimiento de una planta. Con espíritu científico, pero también con placer. Perdemos mucho cuando miramos algo sin sentir el placer de la mirada". ■ PEDRO FERNAUD.

## "El exilio español de 1939"

El exilio republicano español de 1939 ha sido, con una considerable diferencia sobre todos los demás, el más numeroso, prolongado e importante de cuantos hubo de sufrir nuestro país durante los dos últimos siglos. Ferrocamente perseguidos en su propio suelo, medio millón largo de españoles tienen que exiliarse al

finalizar la guerra civil y permanecer lustró tras lustró fuera de las fronteras patrias, muriendo una buena parte de ellos en tierras extrañas de Europa y América.

Hace ya tres años que un grupo de españoles esforzados, encabezados por el profesor de la Complutense José Luis Abellán, echaron sobre sus hombros la pesada y difícil tarea de historiar esta España fuera de España, estos españoles benéritos del éxodo